

UNAMUNO

o la fuerza del talento

Por

DAVID F.
PRANDO



Las letras están de luto. Ha muerto Unamuno. La noticia de su fallecimiento ha conmovido al mundo civilizado del uno al otro extremo.

Hombre singular que con no haber sido sino catedrático y escritor, movió la preocupación de todos.

Se le decía raro, y sus genialidades eran el pan de las gentes. Paladín de la verdad y de la justicia, puso siempre su talento de pensador y su alma de apóstol al servicio de estas virtudes, dando guerra sin cuartel a sus contraventores.

Fué un esforzado defensor de la dignidad humana y por eso, aun cuando parezca paradoja, se le combatió tanto.

Muchos lo han supuesto un ególatra, y nada más equivocado. Raro para estos tiempos, no cabe duda que lo fué, por su dignidad de vida, pero egoísta no, a todas luces; amaba a su patria de amor delirante. Y ese su fustigar con dureza a cuantos de sus conciudadanos echaran a andar por el atajo, era su tragedia, que "los padres castigan a sus hijos con amor".

Sentimental y místico, soñaba con una patria hidalga y, para su desgracia, vino en mala hora al mundo.

Veía que los más en su afán de medrar no reparaban en medios y obedeciendo a los impulsos de su noble corazón, arremetía contra ellos.

Vió pasar tres generaciones y tres regí-



menes diversos y siempre los mismos hombres con igual inclinación a teñir los vicios con los colores de las virtudes. Y especie de Mesías, empeñado en redimir a su patria de esos pecados, luchó sin desmayos y sin lograr su propósito. Con todo, fiel a los dictados de su conciencia, no claudicó un solo minuto.

Andaba por el mundo a contramano de su época y de su público. Soportó todas las amarguras, por no poder realizar sus sueños.

En los corrillos sociales se lo catalogaba como intratable, pero se lo tenía en gran consideración. Los espíritus selectos lo llamaban el maestro y los humildes lo veneraban.

"Contra esto y contra aquello" fué su lema. Y así entendía servir a su país.

Profundamente humano, no combatía sino con armas espirituales, y cuantos pretendieran encauzar las opiniones con la fuerza bruta aceraban su pluma.

El nombre de España giraba alrededor de su personalidad. En la Argentina, al igual que en los demás países, siempre que se hablaba con un español recién llegado, la pregunta obligada era: ¿Y Unamuno?

No tuvo otra ambición mayor que ser el guardián celoso de la justicia, y en sus aras inmoló su tranquilidad y sus conveniencias.

Caballero sin tacha y sin miedo, conciencia de lago que alguien dijera, combatía el

error sin que nada ni nadie lo arredrara. Con la verdad en la mano se cuadraba ante el más pintado.

Cuando se estableció la dictadura en su país, Unamuno fué (de los escritores de la oposición) el que atacó con más vigor y resolución el nuevo régimen. Sus arengas inflamadas incendiaron la opinión, lo que hizo que el gobierno lo invitara cortésmente a alejarse del país. Años pasó en Hendaya, de hinojos frente a las montañas de su tierra. Triunfante la República, volvió a España y el pueblo le hizo un conmovedor recibimiento. Fué elegido diputado a Cortes por Salamanca y al cabo de poco declinaba el honor discernido. No estaba organizado como para someterse a las exigencias de los correligionarios que no entendían sino de conveniencias partidarias.

Y apenas vió que sus compañeros de causa obedecían a cierraño, las órdenes emanadas de arriba, no importaba se desnaturalizaran con ello los intereses del país, alzó su voz airada protestando contra las unanimidades — cosa que no rimaba con la propia dignidad. Y luego hizo público que él no lograba unanimidad ni consigo mismo; que cuando una idea se le levantaba, otras veinte se la rebatían. Su declaración dió lado a que un travieso escribiera en una de las hojas diarias que Unamuno no quería saber sino de Unamunidades.

Y fuése a su casa quizás pensando, como Ganiwet, hacer obra buena por allí: que un diputado menos un mal de menos para el país.

Idealista como era, se sentía asfixiar en el turbio clima de la política. Y corrió a refugiarse de nuevo en las letras.

Fué nombrado profesor y rector de la Universidad de Salamanca, puestos que había desempeñado antes con lucimiento y devoción sin igual. Infatigable para predicar a la juventud la verdad y el amor a los ideales, jamás quiso prestarse a hablar al pueblo desde las tribunas callejeras, por temor, suponemos, a que se le confundiera con los declamadores que, en su afán de logro, acreditan promesas que se proponen no cumplir. Y al poco tiempo se lo desalojaba de nuevo por no avenido con los amos de la situación.

El gobierno revolucionario no hace mucho lo reintegró a la cátedra y al rectorado con el aplauso general. Y pocos días después se lo destituyó: siempre por causa de su dignidad rebelde.

Y al fin de tanto bregar cayó de repente

en brazos de la muerte. Dejó de ser de manera sorpresiva, ajustado a la lógica de su vida, que lo imprevisto era consustancial con él.

Mientras vivió fué una reputación oro puro; muerto pasa a ser una gloria.

Y la Universidad de Salamanca, que con fray Luis de León tenía ya fijada su fama en la posteridad, perpetuará en el bronce la memoria de este santo laico, educador ejemplar.

Ahora lo que tiene ver es el empeño en que andan todos de aplicar el porqué de las determinaciones de este soberano de las letras, tan contradictorio en apariencia. Y hacen gracia los cuantísimos de sus defensores que lamentan que un sujeto tan inteligente no pensara a derechas; entendido que a derechas para los tales se traduce por no razonar como ellos.

Quienes argumentan de esta manera, no echan de ver que si así fuera no habría tal genio, sino un simple mortal más de la lengua, cual nosotros. Y tampoco advierten los sobredichos, que los hombres del sentido extraordinario padecen lo que no ellos: las mortificaciones y los sobresaltos de la duda... Prueba al canto: El propio Unamuno refiere que visitando un hospicio de insanos, un melancólico de los allí asilados, se le acercó a preguntarle si era él en realidad o si por ventura el que pintaban. Su pregunta lo hizo reflexionar un rato y luego pensó que tal vez el loco tuviera razón, que bien podría ser el que pintaban. Sobre esto no abrimos opinión: los historiadores dirán... Hemos hecho esta ya larga disquisición para derivar de allí lo que va de Pedro a Pedro. Como nosotros, la mar de escritores han dado en explicar por largo la accidentada y contradictoria vida pública de este inquietante personaje, y no sería de extrañar que cualquier día salga alguno escribiendo un libro encaminado a lo mismo.

Unamuno se nos ha definido con un solo símbolo y en pocas palabras. Para lo que le bastó ponerse en el ojal de su americana un botón en el que se veía la imagen de una cabeza de un ave de corral que, según dijo, significaba el nuevo partido que había fundado anoche, y agregó: "Si hoy tengo un segundo miembro, yo renuncio".

¡La fuerza del talento!

David T. Prando